

MIGUEL HERNÁNDEZ VENTURA
O CUANDO LOS SUEÑOS SE HACEN REALIDAD

JOSÉ AMARO CARRILLO RODRÍGUEZ*

«Hoy con los pies en el suelo
tu recuerdo es evidente.
Empezaste jugador,
directivo, entrenador
y, al final, de presidente.
El tenisquismo latente
siempre ante ti se postura,
en la unidad que fulgura
entre los astros lejanos
hay sentimientos mundanos
con tu presencia en la altura.
La historia no va a olvidar
ese ejemplo de alegría,
subir de categoría,
ascendiendo en Bajamar:
dejamos de imaginar,
el Tenisca alzaba el vuelo,
quedando aquí el desconsuelo,
con el más blanco color,
convirtiéndote en fulgor,
nos alumbras desde el cielo».

Ricardo Felipe Villegas. *Glosas al Tenisca: décimas de un siglo*.

Toda empresa colectiva acometida por el hombre, cualesquiera que sea su envergadura, calado o dificultad, no puede ser realizada sin la suma de los esfuerzos individuales de quienes se hayan atrevido (y comprometido) a materializarla, ya sean las pirámides de Guiza, la Revolución Francesa, la película *Casablanca*, la carretera de Fuencaliente o un club de fútbol. Sin embargo, a poco que acerquemos y centremos nuestra mirada de entomólogos (lupa objetiva e imparcial), no nos costará detectar en la consecución de tales logros la influencia benefactora y determinante de algunos seres humanos concretos sin

* Escritor, periodista y profesor de Enseñanzas Medias.

cuya particular aportación el éxito de dichos esfuerzos habría sido mucho más discutible. «He caminado a hombros de gigantes», declamaba con falsa modestia sir Isaac Newton como para quitarse importancia (precisamente él, que jamás rechazó, más bien diríase lo contrario, ni el reconocimiento público ni los honores con que tan lícitamente fue laureado), a pesar de que su contribución a la ciencia sea digna de un titán.

Lejos de ni siquiera insinuar el más mínimo paralelismo con el autor de los *Principios matemáticos de la filosofía natural*, a escala mucho más modesta, el rol desempeñado por ciertas personas en el devenir de la entidad de la que formaron parte activa en algún episodio de sus vidas puede valorarse con idéntica trascendencia a la alcanzada por el sabio británico que da nombre a uno de los más destacados telescopios del Observatorio del Roque de los Muchachos.

Tal es el caso de Miguel Hernández Ventura (1941-2020), quien desde edad temprana ya corría detrás de pelotas confeccionadas con trapos, por los solares próximos al castillo de Santa Catalina, popularmente conocido como «El Castillete», con ímpetu batallador y corajudo, aunque su apelativo, *Tinito*, resultara del todo engañoso cada vez que aquel niño menudo y vivaracho se vestía de corto para jugar al fútbol.

Vinculado geográfica y sentimentalmente a la Sociedad Deportiva Tenisca, cuya antigua sede social se encontraba tan cerca de su domicilio, Miguel entró en la citada entidad muy pronto y, después del inevitable tránsito por el filial de ésta, el Club Deportivo Norte, una vez que se puso el uniforme como jugador de la casa no volvió a defender otros colores que el blanco inmaculado y desde todas las instancias: tanto deportivas como institucionales. En el primer ámbito, concluida su etapa como futbolista, Hernández Ventura desarrolló una más que encomiable labor como técnico en la cadena de filiales (a él le correspondió llevar al equipo juvenil a la pionera División de Honor, de categoría regional, y a un brillante subcampeonato, solo superados por la entonces intratable Unión Deportiva Las Palmas) y, con posterioridad, asumió la dirección de la primera plantilla (cargo que simultaneaba con la vicepresidencia) que, bajo su acertada e inteligente dirección, alcanzó el histórico ascenso a la Tercera División Nacional.

Transcurridos más de cuarenta y tres años de aquella efeméride, el club de la Acera Ancha, coincidiendo con los actos del centenario, brindó un emotivo homenaje a los protagonistas de la gesta, con ocasión de la visita del Puerto Cruz al estadio de Mirca, para disputar el duelo correspondiente a la décimo cuarta jornada de la temporada 2022-2023, en Preferente. El delantero y goleador llanense José Francisco Ramos, que con solo diecinueve primaveras recién cumplidas había recalado en el Tenisca al inicio de la campaña 1978-1979, evocaba ante los micrófonos de 7.7 Radio La Palma la manera tan peculiar con que su entrenador, Miguel Hernández Ventura, había gestionado aquella combinación de veteranos y de jóvenes como él¹:

No éramos conscientes de lo que nos íbamos a jugar [...]. Miguel era una persona que presión, la justa. A una situación donde había que estar concentrado él le añadía humor. [...] Tenía un don que era poner humor donde había mucha presión y te quitaba la tensión que tenías encima. Durante la semana ni nos comió el coco, ni nos

¹ Entrevista realizada para el programa *Deportes 7.7*, emitida el 24 de febrero de 2023.

estuvo comiendo la cabeza. [...] Éramos como una familia y Miguel era el padre y supo sacar mucho rendimiento a la plantilla que tenía.

Sin embargo, la mayor y más generosa contribución que el ex jugador, entrenador y directivo pudo hacer en favor del decano del balompié insular estuvo directamente relacionada con su faceta profesional: la proyección y ejecución de edificaciones de carácter e interés público². No en balde, a lo largo de cuatro décadas, Construcciones y Restauraciones Miguel Hernández Ventura, s. L. (constituida en 1973), prestó sus servicios a través de obras de restauración y rehabilitación en monumentos declarados de interés histórico-artístico, de tratamiento antixilófagos y de construcción de viviendas unifamiliares, al obtener mediante concurso la máxima calificación como contratista del Estado.

«Referente indiscutible del hombre hecho a sí mismo, el joven titulado Delineante pasó del despacho, donde se pertrechaba de escuadra y compás, a convertirse en uno de los constructores especializados en el siempre “delicado” mundo de la rehabilitación y la restauración arquitectónicas más afamado, digno y escrupuloso de cuantos han pasado por aquí —rememora Víctor J. Hernández Correa en una semblanza publicada días después de su fallecimiento³—. Su empresa Miguel Hernández Ventura s. L. constituye para los palmeros un motivo de orgullo patrio, sincero y referenciado, gracias a la proyección que dio al nombre de nuestra isla (tocaya suya) más allá de nuestras fronteras. El prestigio de su nombre y apellidos estará asociado inevitablemente a su noble y notable quehacer en el conjunto de nuestras islas. Todavía recuerdo ver con asombro en varias casas de La Laguna, hoy declarada Patrimonio de la Humanidad, carteles que señalizaban su labor responsable de rehabilitación durante la década de los noventa. Sus letras blancas sobre fondo verde. Sencillas. Como lo fue él. Con la silueta de La Palma insinuada hacia la izquierda en rayas delineadas marcando accidentes geográficos y coronada por un tejado con chimenea.

No creo que puedan contarse muchas maneras de rehabilitar como la suya. Poniendo por caso la labor de las carpinterías, la sustitución sin más —bien por obra y gracia inspiradora del arquitecto de turno (¡ay, mi cabeza!) o, peor aún, por capricho insolente e ignorante del promotor— de una ventana de celosías a la que le faltaba una de las hojas abatibles fue en más de una ocasión motivo de discusión. Miguel Hernández Ventura, honrado por el triple don de la torrontudez, la socarronería y el arte de la palabra seductora, lograba salirse con la suya y conseguía mantener la ventana, procediendo solo a injertar la pieza dañada. Ese criterio tan suyo —tan escaso y con tan pocos seguidores— no era ni casual ni anecdótico: partía de su conocimiento de los viejos carpinteros, de los que trabajaron con las manos (con la devoción propia del artesano) la madera, provistos únicamente de los instrumentos manuales del oficio. Ese “conocimiento” real del trabajo de taller fue lo que le condujo al “reconocimiento” de la labor manual y auténtica de sus obradores. Y, por tanto, a respetar sus obras, interviniéndolas lo menos posible».

² Como así lo reconoce Francisco J. Antequera Amor; consúltese: «El fútbol palmero y en especial la S. D. Tenisca siempre estarán en deuda con Miguel», en *Fútbol en La Palma: compañeros de viaje*. [La Laguna] Centro de la Cultura Popular Canaria, 2010, pp. 432-433.

³ HERNÁNDEZ CORREA, Víctor J. «Miguel Hernández Ventura, el bienaventurado». *La Palma ahora* (Santa Cruz de La Palma, 1 de julio de 2020). (Consultado el 7 de marzo de 2023).

Cuando, a finales de los años ochenta, las reformas en la vía exterior al túnel de Bajarajam supusieron la clausura del recinto deportivo «en el que el Tenisca había labrado una parte importante de su historia»⁴ el club se vio obligado a sufrir un verdadero éxodo a la búsqueda de un nuevo hogar. Aquel periplo, que tuvo tanto de calvario como de destierro, pudo completarse con éxito gracias al empeño sacrificado y desinteresado de un buen número de empleados y de gente de la casa, al esfuerzo de técnicos y futbolistas (sobre todo, de los más pequeños, que se mantuvieron fieles a una identidad errante, que vivió de la generosidad de entidades públicas y deportivas de la isla) y a la lealtad innegociable de la afición, sin la cual el Tenisca jamás habría superado tan durísima y exigente prueba de fe.

Precisamente, fue durante el mandato presidencial de Miguel Hernández Ventura cuando se dio el impulso definitivo para la construcción del estadio, localizado en el barrio de Mirca y en el extrarradio de la capital palmera, a pocos kilómetros del santuario de la patrona insular, Nuestra Señora de las Nieves, que terminó dando su nombre al recinto por voluntad expresa del entonces presidente. Se trata de unas instalaciones modélicas, que incluyen un campo principal (con gradas con capacidad para seis mil espectadores) y otro de entrenamiento; gimnasio; sauna; área de recuperación y fisioterapia y la sede social (con varias salas y salones).

De ahí que el pasado 9 de noviembre de 2022 la junta directiva de la Sociedad Deportiva Tenisca, en un acto solemne celebrado en el Colegio de Aparejadores de Santa Cruz de La Palma, procedió a bautizar oficialmente al conjunto de las instalaciones socio-deportivas y terrenos que mantiene la entidad en propiedad con el nombre de quien más contribuyó a hacer realidad aquel deseo con que soñó todo el tenisquismo durante la larga década de vagabundaje. Por tal motivo y para que quede constancia de ello de forma permanente, se colocó a la entrada del citado complejo un bloque de piedra volcánica de Arucas, de 275 centímetros de alto, 120 centímetros de ancho y 150 centímetros de grosor, con 12.375 kilos de peso, que luce la inscripción, cortada al hilo: *Ciudad Deportiva Miguel Hernández Ventura*.

Una vez alcanzado el objetivo, de manera cauta, discreta, sin apenas hacer ruido y sin molestar a nadie, Miguel, que en vida jamás hubiese aceptado el tributo que en pleno centenario la sociedad a la que tanto había ayudado decidió brindarle, a fin de que su legado no sea enterrado por el tiempo, abandonó la presidencia del equipo de sus amores y desvelos y, para sorpresa de mucho incauto y de demasiado «papa frita», decidió invertir sus esfuerzos y su dinero en el mecenazgo de proyectos tan estimulantes como el Festival de Ópera en el Convento de San Francisco.

A raíz de la feliz y afortunada iniciativa, uno de sus principales promotores, el músico, poeta, dramaturgo y ex diputado del común, Luis Cobiella Cuevas⁵, dedicaba, desde las páginas de *Diario de avisos*, estas hermosas palabras, en reconocimiento a dicho patrocinio⁶:

⁴ MARANTE DÍAZ, Julio M. «Miguel Hernández Ventura (1941-2020)». *Cosmológica*, n. (2021), pp. 407-408.

⁵ Se da la curiosa circunstancia de que su *Himno de artillería*, escrito en 1945, mientras realizaba las Milicias Universitarias, en el campamento de Los Rodeos, fue adaptado con posterioridad, con autorización expresa del autor, para convertirse en el popular himno de la Sociedad Deportiva Tenisca; véase: SANZ DELGADO, David, POGGIO CAPOTE, Manuel. *Notas de una vida: estampas y recuerdos de Luis Cobiella*. [Breña Alta (La Palma)]: 2014, p. 160.

⁶ COBIELLA, Luis. «Mecenas». *Diario de avisos* (Santa Cruz de Tenerife, 25 de junio de 2005), p. 21.

Conocí a Miguel Hernández Ventura hace muchos años, cuando él, muy joven, intentaba competir con importantes compañías en la contratación de obras e instalaciones; yo era a la sazón director técnico de Riesgos y Fuerzas de La Palma, s. A., creo recordar, antes de que ésta adquiriera Unelco y cobrara carácter regional. Miguel competía con instaladoras y constructoras de ámbito nacional y poco a poco fue siendo crecientemente aceptado, crecientemente adjudicado, crecientemente estimado. ¿Por qué?

Porque, ya entonces, era mecenas, es decir, principal en los tiempos de sus inicios. ¿Principal? ¿qué quiero decir al decir «principal»?

Trataré de responder respondiendo a una pregunta que no se me había ocurrido plantear hasta este momento: ¿por qué adjudiqué ciertas obras al joven Miguel Hernández Ventura?

Por una intuición que luego se fue confirmando sin excepciones. Planteaba su solicitud con realismo: y el realismo tanto se aplicaba a la capacidad de hacer la obra honestamente como de cumplir con los plazos de entrega. Dicho esto tan breve y simplemente no parece portar brillo excepcional a lo que acabo de describir, pero sí: desde sus principios Miguel realizó la obra con honestidad y cumplió las entregas con puntualidad; y eso, créanme, era, ya entonces, una brillante excepción.

Poco a poco fue Miguel un admirado amigo: a veces le llamaba para consultarle, particular y confidencialmente, sobre una obra que no le había sido adjudicada; alguna vez resolvió algún problema pequeño pero urgente en mi casa y tuvo la elegancia de pasar factura. Y acabo de nombrar otra cualidad a sus cualidades fundamentales: Miguel era, es, elegante; y la elegancia es básica condición del mecenas. Por Navidad, el director de empresa recibía discreto regalo, nunca excesivo, de compañías colaboradoras; sólo Miguel venía sin nada en la mano y con algo en los labios: «Felicidades, don Luis».

Felicidades, Miguel, por ayudar el milagro que nuestro Jorge Perdigón pidió para Santa Cruz de La Palma y los palmeros. Sólo pueden estrecharse las manos vacías. Yo, como muchos, cojo tus dos manos para acercarte a mí y envolverte en un abrazo.

Hoy, quienes fuimos lejanos testigos de esta amistad, solo podemos albergar la esperanza de que dicho vínculo no haya hecho sino fortalecerse allá donde quiera que estas dos almas benditas se hayan reencontrado.

